

## Capítulo 106 - Un reino debajo del reino inferior

En el corazón helado de los Páramos del Norte—un nombre dado a un espacio particular dentro del reino inferior que estaba sellado y tenía sus leyes separadas, lejos de la percepción del reino inferior—el dominio de la Emperatriz Wyrn de Escarcha temblaba como una bestia herida.

Este reino estaba completamente bajo el control de la Emperatriz.

Aunque inicialmente estaba destinado a estar presente para esta mujer capturada hace eones por el poder combinado de los Ancestros Dao que temían su creciente influencia.

La habían subestimado.

Atrapada en un aislamiento eterno, no se había marchitado; en cambio, había llegado más allá de sus confines, y su voluntad indomable se había filtrado en la estructura misma de la existencia.

Ella comenzó a influir en la naturaleza de la vida y de la muerte, distorsionando el ciclo cósmico según su diseño.



Las almas destinadas a la reencarnación se vieron desviadas, atraídas hacia su creciente dominio: un pasaje que ella había tallado entre el mundo viviente y el vacío, donde los malvados y los perdidos eran rehechos a su imagen.

Su reino se convirtió en el Infierno de las leyendas mortales: una vasta extensión infernal donde el castigo era eterno y la redención era una mentira susurrada a los desesperados.

Los demonios y monstruos que rondaban sus oscuras profundidades no eran horrores natos: eran las almas transformadas de aquellos que habían muerto llevando una pérdida sin resolver en sus corazones, sus esencias deformadas por su toque en sirvientes leales.

Pero para sustentar su creciente ejército, para dar forma a esos espíritus retorcidos, necesitaba cuerpos.

Vasijas fuertes y resistentes capaces de albergar almas de inmenso potencial.

Y para eso, necesitaba machos de una vitalidad excepcional: criadores alfa que pudieran aparearse con las bestias de su reino y producir descendencia digna de su gran diseño.

Ahora, ese infierno cuidadosamente equilibrado estalló en caos.





Gritos y rugidos llenaron el dominio, una cacofonía de agonía y furia que resonó en paredes de obsidiana dentada y ríos de lava fundida.

Las bestias, enormes horrores escamosos con ojos como carbones ardientes, se agitaron en pánico ciego mientras la grieta dimensional se abría como una herida supurante.

Sus gritos de muerte destrozaron el aire: bramidos de terror profundos de hidras de seis cabezas mientras sus cuellos serpentinos se rompían como ramitas bajo la fuerza aplastante, rugidos gorgoteantes de osos fundidos cuyos corazones volcánicos estallaban dentro de sus pechos y los chillidos penetrantes de cuervos de sombra cuyas alas se disolvían en cenizas en pleno vuelo.



La detonación de la Vid Espiritual Dracónica inundó el lugar, una ola cataclísmica de energía corrupta que encendió todo lo que tocó.

El fuego explotó a través del paisaje, devorando las retorcidas agujas de huesos y tendones, derritiendo las cadenas de hierro que ataban a los demonios menores a sus tormentos.

La matanza fue absoluta y horrorosa.

Enormes perros del infierno, con su pelaje en llamas, aullaron sus últimas canciones mientras sus cráneos se abrían como fruta podrida, derramando cerebros fundidos sobre el suelo en llamas.

Los tigres de tres ojos rugieron de dolor mientras sus pieles rayadas se desprendían en tiras ardientes, revelando músculos y huesos que se convertían en cenizas momentos después.

Los dragones serpentinos, antaño orgullosos guardianes de los pozos más profundos, se retorcían en agonía, sus escamas estallaban como petardos mientras la sangre sobrecalentada hervía en sus venas, sus silbidos finales se convertían en gorgoteos húmedos mientras sus gargantas colapsaban.

Los incendios ardían sin control, consumiendo las formas sombrías de demonios y monstruos por igual, sus aullidos finales se fundían en una sinfonía de destrucción, un coro de los condenados encontrando su segunda muerte.

Enormes gárgolas de piedra se agrietaron y se desmoronaron, sus estertores agonizantes como avalanchas mientras caían a los ríos fundidos de abajo.

Horrores alados cayeron en picado desde el cielo ardiente, sus membranas destrozándose, sus huesos crujiendo audiblemente mientras se estrellaban contra picos irregulares, sus gritos agonizantes se desvanecían en el silencio.

El reino mismo pareció gemir, el suelo se agrietó cuando la onda expansiva de la explosión atravesó el dominio.



Legiones enteras de sus sirvientes (quimeras de mil cabezas, gigantes acorazados, masas retorcidas de tentáculos y dientes) todos reducidos a cenizas en instantes; su rugido mortal colectivo era tan poderoso que destrozaba montañas y hacía hervir lagos de fuego.

Los demonios menores explotaron como frutas demasiado maduras, su esencia se esparció a los vientos, mientras que las bestias mayores murieron más lentamente, sus agonizantes bramidos resonaron durante preciosos segundos antes de desvanecerse en jadeos húmedos y luego en un silencio eterno.

Sin embargo, en medio del infierno, una figura permaneció intacta.

Sentada en su enorme silla hecha de huesos blanqueados (elaborados a partir de esqueletos de antiguos inmortales que se habían atrevido a desafiarla), la Emperatriz Wyrn de Escarcha observaba el pandemonio con serena indiferencia.

Su suave piel azul brillaba como un zafiro pulido, intacta por las llamas que lamían su trono, pero que desaparecían a centímetros de su forma, disipándose en volutas inofensivas como si la realidad misma se inclinara ante su presencia.

Escamas negras adornaban sus hombros y caderas como una armadura de obsidiana, brillando con un brillo de otro mundo, mientras que dos cuernos negros se curvaban elegantemente desde su frente, enmarcando un rostro de belleza etérea.



Apoyó la barbilla en una mano con garras y una sonrisa adornaba sus labios: fría, conocedora y absolutamente desprovista de miedo.

Los incendios ardían a su alrededor, pero no podían tocarla; simplemente dejaron de existir en su vecindad, desapareciendo en la nada como si su propia esencia repeliera el caos.

En la otra mano, sostenía cinco pequeños orbes, cada uno de los cuales brillaba con una luz tenue y etérea.

Eran fragmentos: piezas de memoria, poder y esencia de almas que alguna vez habían pertenecido a su esposo, el Dios Cachondo, esparcidas a través de reinos y líneas de tiempo.

Ninguno estaba completo; eran ecos, restos de un ser que la había amado más allá de lo razonable, que había muerto en sus brazos después de un milenio de pasión que lo había consumido por completo.

Los había coleccionado durante eones, cuidándolos como si fueran joyas preciosas, pero no eran él.

No es la fuente original.

Hasta ahora.



"Por fin", murmuró, su voz era un susurro sedoso que atravesó los gritos agonizantes como una espada atravesando la carne.

"He encontrado la fuente original, esposo."

Los orbes pulsaban en su palma, respondiendo a sus palabras, pero ella no les prestó mucha atención.

Sus ojos, como estrellas, estaban fijos en el caos que se desarrollaba ante ella y la sonrisa nunca abandonó su rostro.

Ella lo había sentido, a su verdadero yo, a través de la grieta, cuando sus ojos se encontraron con los de ella a través del vacío.

Él no se había dejado llevar por su belleza, como siempre ocurría con los inmortales y los mortales, cayendo en la lujuria con una simple mirada.

No, él había mirado con ira, furia nacida del deseo de proteger a sus esposas.

Esa devoción inquebrantable, esa negativa a dejarse tentar incluso por su encanto divino, era el rasgo del mismísimo Dios Cachondo.

Sinio.



Su Sinio, renacido en una nueva forma.

"Tch, qué débil te has vuelto, cariño", se rió entre dientes, su risa como el tintineo de los cristales de hielo en una tormenta invernal.

"¿Morir después de solo un milenio de sexo? ¡Fufu! Necesitarás hacerte mucho más fuerte si quieres estar a mi lado otra vez."

Con un estiramiento casual de su mano, todo el dominio tembló.

Los incendios desaparecieron en un instante, se extinguieron como si nunca hubieran existido, dejando solo ruinas humeantes y el acre olor a carne carbonizada y sangre hervida.

Las bestias muertas (retorcidas amalgamas de almas y esencia demoníaca, cuyos cadáveres aún humeaban con calor residual) comenzaron a moverse y sus formas mutiladas volvieron a unirse.

Los cráneos destrozados se reformaron con crujidos repugnantes, los órganos reventados volvieron a crecer con sonidos húmedos y chapoteantes, y la carne volvió a crecer sobre el hueso expuesto como si el tiempo fluyera en reversa.

Los ojos se reavivaron con una luz infernal y, uno a uno, se levantaron de sus propias cenizas, inclinando sus cabezas al unísono hacia su emperatriz.







La horda resucitada emitió un rugido colectivo de sumisión, un sonido más profundo y terrible que sus gritos de muerte, sacudiendo los cimientos del infierno mismo.

Donde momentos antes se habían escuchado gritos de agonía, ahora se alzaba un bramido unificado de lealtad renovada, el sonido resonando por todo el dominio como el trueno de mil tormentas.

Satisfecha, movió su dedo y miles de pantallas aparecieron alrededor de su trono: ventanas etéreas hacia el reino inferior, cada una mostrando al mismo hombre.

Tianlong. Sinio.

Su marido, en todas sus formas y momentos actuales: luchando contra los cultivadores, abrazando a sus esposas, irradiando un poder que no era más que una sombra de lo que podría llegar a ser.

Ella lo observó con una mezcla de cariño y cálculo y su sonrisa se ensanchó.

"Esta vez habéis encontrado compañeros dignos", murmuró a las pantallas, como si él pudiera oírla.

"Pero tendrán que demostrar su valía en mi dominio".





"Hazte más fuerte, cariño."

"Conviértete en el dios que recuerdo... y tal vez, con el tiempo, estarás listo para gobernar el infierno a mi lado una vez más."

Las pantallas parpadeaban, capturando cada uno de sus movimientos, mientras el dominio se hundía en una paz incómoda.

La Emperatriz Wyrn de Escarcha se reclinó en su trono de hueso, con los cinco orbes latiendo suavemente en su mano.

Ella había esperado este momento durante milenios.

Un poco más de tiempo y un poco más de fuerza de su amor renacido harían toda la diferencia.

Porque en el infierno, el tiempo era mucho más lento que en otros reinos, ya que ella podía controlar el tiempo a voluntad.

